V

Comunicación del académico honorario excelentísimo señor don Juan C. Cebrián leída en la sesión del día 10 de diciembre de 1926

A LA ACADEMIA

Al venir a deciros "hasta la primavera próxima" deseo reiterar la profunda gratitud que siento cada vez que penetro en este recinto por la afabilidad y compañerismo con que me habéis recibido. Sin ser yo historiador, habéis querido recompensar con un honor altísimo, en el que jamás había soñado yo, el fervor, la constancia, y casi me atrevo a decir el acierto con que durante varios años he defendido en América a España, a la historia de España.

Precisamente porque he dedicado mi vida a esa defensa, la que no abandonaré mientras dure mi existencia, me veo hoy impelido, mejor dicho, *obligado,* a exponer a vuestra atención el nuevo peligro, el nuevo enemigo que oculta, solapadamente, amenaza a España y que, por desgracia, los españoles parecen no haber percibido todavía. Ese enemigo es el uso indebido de las palabras *ibero* e *iberismo,* que con su apariencia inocente sirven de catapultas eficaces que usan los enemigos de España para amenguarla.

Para demostrar completamente esta verdad, y convenceros del peligro que nos amenaza, tengo que volver atrás, al año 1869 (cuando resolví ir a ejercer mi profesión en los Estados Unidos),

con objeto de recorrer rápidamente el desenvolvimiento de la *Leyenda negra* desde entonces, tal como se ha presentado a mi vista. A pesar del curso de Historia del Bachillerato y de mis asiduas lecturas, no conocía yo la Leyenda negra: no se llamaba así entonces, porque la tal infamia era admitida en todas partes como una serie de irrefutables verdades históricas. Al poco tiempo de residir en los Estados Unidos, y habiéndome detenido también en Francia e Inglaterra, tuve que admitir la aterradora evidencia de que en el extranjero se despreciaba, se detestaba u odiaba profundamente a España... y ¡España lo ignoraba! Tanto es así, que cuando a fines del siglo XVIII se proclamó desde la tribuna de la Academia de París que España nada había hecho en beneficio de la Humanidad, nadie en España contestó; sólo cuando la Academia de Berlín se opuso a aquella tesis calumniadora, publicáronse aquí un par de folletos; pero con debilísimo eco.

Para mí el hecho de la apatía de España era más aterrador que el mismo hecho de las calumnias. Y peor todavía; la difusión, la aceptación de la cruel Leyenda había tomado raíces profundísimas en todos los países hispanoamericanos; como lo percibí por mi roce con mejicanos y suramericanos, y por las reseñas periodísticas de los aniversarios de la independencia en todo aquel continente. ¿Cómo llegó a producirse aquel efecto? Por la asidua propaganda que en América ejercían las naciones que habían formulado y fomentado la *Leyenda*: desde la época de la independencia Francia envió a la América española sus profesores universitarios y de menor categoría, y el resultado fué amortiguar la idea de España en aquellos países.

Desde entonces me dediqué a deshacer semejante estado de cosas; y para empezar quise dar a conocer en los Estados Unidos el producto intelectual de España, desde las *Etimologías* de San Isidoro hasta nuestros días; he formado en la Universidad de California una biblioteca española, que ya antes de 1924 era reconocida por las demás Universidades de Norteamérica como la mejor colección de libros españoles en el país, y he donado más de 15.000 volúmenes a diferentes Universidades, Museos y otros centros docentes de aquella nación, en donde las muy con-

curridas bibliotecas, así particulares como públicas, son verdaderas sembradoras de ideas.

Por fortuna España empezó a despertar y percatarse de la vil Leyenda. Varios escritores como don Juan Valera, el insigne Menéndez y Pelayo y sus dignísimos discípulos empezaron la campaña de desagravio histórico que conocéis (y a la que noblemente muchos de vosotros habéis contribuído), con la cooperación de algunos historiadores sinceros del extranjero, sin olvidar al valeroso norteamericano Lummis, cuyo libro publiqué en 1916, y lo he difundido en España y América.

Así las cosas, llegamos al siglo XX esperanzados con que la fatal Leyenda llegaría con el tiempo a desvanecerse por completo. Pero entonces apareció otro enemigo, tan solapadamente, que la infortunada España lo acogió en su seno: era el *Latino-Americanismo*. España, inadvertida, en uno de los Congresos Americanistas de Sevilla, cuando se discutió el nombre "América Latina" bajó humildemente la cabeza, cedió... y, ¿ante quién?, ante la diminuta república de Haití, ante un pedacito de isla antillana habitada por una turba de negros africanos que chapurrean el francés. La ingente, la excelsa ESPAÑA, la heroica, la gloriosa, la Madre de América (¡oh, dolor vergonzoso!), consintió aquel infausto día que se borrara su histórico nombre en los mapas de América; y así sucedió desde el Canadá hasta Patagonia. Pero en realidad España no cedió ante Haití, sino ante un delegado de Francia, que abogó por dicha república antillana, y que de este modo venía a proseguir la labor que durante medio siglo realizaron en aquellos países profesores y conferenciantes cuya misión principal parecía la de propalar los errores de la *Leyenda*. Y cuando dicha Leyenda estaba próxima a ser destruída, la desespañolización de América se continuó por medio de este injusto apelativo que borraba el nombre de España en América.

La *Leyenda negra* se prolongaba, pues, bajo otra forma, bajo su segunda fase. Durante varios años nuestros hermanos de América se llamaron a sí mismos "latinoamericanos"; los Estados Unidos y otras naciones adoptaron oficialmente el nom-

bre "América Latina", y la Sociedad de las Naciones todavía emplea ese nombre.

Aunque tarde, España se percató de la injusticia del apelativo; y autoridades como nuestro ilustre académico Menéndez Pidal, como el inolvidable Mariano de Cavia, levantaron su protesta en el diario *El Sol,* y éste, conformándose con las poderosas razones expuestas, prometió no volver a usar tales palabras en sus columnas. Tengo la satisfacción íntima de que pocas semanas antes que Cavia levanté mi protesta en un periódico español de Nueva York; y desde entonces continué mis actividades en contra del latinoamericanismo en los Estados Unidos y en España mediante varios artículos, y un folleto de la Comisaría Regia del Turismo, costeado por mí, que se distribuyó ampliamente en Suramérica. En aquel tiempo se constituyó en Nueva York la Asociación Norteamericana de Maestros de Español, a la que coadyuvé activamente y de la que fuí nombrado presidente honorario, juntamente con el príncipe de los hispanófilos americanos míster Huntington; entonces utilicé el *Boletín* de la Sociedad, que circula en todas las Universidades, para abogar contra el uso injusto del apelativo "Latino Americano". Al mismo tiempo se fundó en Wáshington, por una Junta de prestigiosos profesores de Historia una revista de Historia americana que se proponían titular *Revista de Historia Latino-Americana* (incluyendo lo español y lo portugués); pero conseguí convencerlos de lo ilógico e injusto de este título, y adoptaron el de *Revista de Historia Hispano-Americana* (*Hispanic American*). Ahora en todas las Universidades de Norte y Sur América se encuentra dicha revista con artículos de los mejores autores americanos y europeos, bajo su verdadero nombre *Historia Hispano-Americana;* conseguí, pues, borrar en ocasión importantísima el injusto nombre de *Latino-Americano.*

Así llegamos a la tercera década del siglo XX. Nótese bien que hay que admitir que en dos casos España ha sido víctima de la ignorancia o de la inconsciencia o de la inadvertencia: la primera vez cuando la Leyenda negra dominó en el mundo por más de dos siglos, antes de que España protestara a fines del siglo XIX; la segunda cuando la frase "Latino Americano" se

introdujo con pasmosa celeridad en América y en Europa con asentimiento de la misma España y que más tarde ha tenido que desautorizar. En ambos casos luché yo activamente contra tales injusticias.

Pues bien, señores Académicos; ahora España es víctima de un tercer ataque o peligro con la introducción y rápida propagación del apelativo "Ibero-americano", al parecer inocente, pero que es, a mi juicio, la tercera fase de la *Leyenda negra.* Los tres ataques se han propuesto desespañolizar la América Española: el primero abiertamente, insultando y difamando a España, que permanecía silenciosa; los otros dos de un modo solapado y bajo el pretexto de dar un nombre adecuado a la secular América Española...

Los mismos que idearon y por siglos propalaron la fatal Leyenda en su primera fase, introdujeron después y extendieron el uso del nombre "latino-americano", que es la segunda fase; y son ahora los que fomentan el uso del nombre "ibero-americano", que es en mi sentir la tercera fase de la Leyenda; pero yo no dudo de que ambas frases tienen idéntico valor, puesto que ambas tienden a suprimir el nombre *hispano* o *español.* Como ya no se puede engañar a los hispanoamericanos con las falacias de la Leyenda negra, trátase ahora de borrar el nombre *hispano,* no sólo del mapa, sino también de la prensa y del lenguaje ordinario de los hispanoamericanos, con lo que se tiende a divorciar el nombre de España del de América en el resto del mundo.

Del mismo modo que España no se percató a tiempo del peligro que llevaba consigo el nombre de "latino-americano" (y que ha tenido que desechar), tampoco ha comprendido todavía que es igual el peligro encerrado en el nombre "ibero-americano". Fuera de España se propaga con incansable actividad: en París ya se ha formado una casa editorial reciente con el título de "Franco-ibéro-américaine", que hace en América una competencia eficaz al libro español; y se han fundado también la Asociación "des grands Journaux Ibéro-Américains" subvencionada por el Gobierno francés, y otras con el mismo apelativo. Asimismo en Alemania hay dos asociaciones con idéntico nombre.

En apoyo de mi tesis (tan evidente como la luz meridiana) os traigo el libro del señor Sangróniz (que en mi concepto debieran leer todos los prohombres de España, especialmente los de gobierno), titulado *La Expansión de la Cultura de España en el extranjero, y principalmente en Hispano-América.* En él encontraréis estadísticas de lo que varias naciones gastan anualmente para esa extensión de su cultura; ahí se ve que a pesar de la guerra y de las dificultades económicas de la postguerra no se dejan de invertir los millones para ese objeto, que, como el de otros fondos gubernamentales, tiene secciones que nunca se nombran: parte de esos millones sirvieron para la campaña del "latino-americanismo", parte de ellos sirven para la del "ibero-americanismo"; y eso explica la rapidez con que ambas denominaciones han cundido.

Vamos a ver ahora las influencias comerciales de estas campañas: cuestión dificilísima de explicar en España, que es la nación menos comercial de la cristiandad, como lo prueba el dicho popular español que *el buen paño en el arca se vende;* crasísimo error que prueba que España desconoce el poder del anuncio, así como las asechanzas y zancadillas usadas en las luchas comerciales. El anuncio es uno de los factores vitales del comercio, y el comercio francés, que desde el principio ha pretendido apoderarse del comercio de Hispanoamérica, no solamente ha sabido anunciarse allí con despilfarro, sino que en parte ha destruído el anuncio español, lo cual a la larga derrotaría el comercio de España: de ahí los esfuerzos incesantes para *borrar* el nombre *español, hispano* de la vista, de la mente de los hispanoamericanos; pero así como los franceses, con ese espíritu de elevado patriotismo. digno de ser envidiado e imitado, se esfuerzan en proteger y fomentar su comercio por todos los medios a su alcance, y con ayuda de su Gobierno; así también los españoles y sus Gobiernos debieran aprender en esa admirable y eficaz escuela para proteger el anuncio de su comercio, y oponerse firmemente a que desaparezca de América el nombre histórico, glorioso y secular de *español* y de *hispano.*

Ahora podéis ver que la cuestión del "ibero-americanismo" y del "latino-americanismo" no sólo es de justicia histórica y

dignidad nacional, sino también de importancia material, capitalísima para el comercio y para la existencia misma de España.

Terminaré diciendo algo sobre la significación del adjetivo "ibero". Pudiera escribirse un nutrido volumen probando lo inadecuado de esa palabra para la España de nuestros días; la parte de sangre ibera que puede quedar en esta tierra ha de contarse por cienmilésimas, a lo sumo por diezmilésimas; y en Portugal por mucho menos, porque los antiguos iberos apenas hollaron aquel país; siempre se mantuvieron en la parte oriental de la península hasta la provincia de Gerona, y se extendían por Francia hasta el Ródano y por todo el Sur de Europa hasta la Iberia actual. Busquemos en los diccionarios (Academia, Alemany, Espasa) y leeremos que "ibero" es "el natural de la Iberia antigua o de la asiática", y también es "lo perteneciente, o lo relativo a cualquiera de esos *dos* países". "Ibero" es, pues, voz *ambigua,* y, por tanto, sería locura y menoscabo querer aplicarla a un gran pueblo como el *español,* o a un gran país como el Imperio Hispánico. Este solo hecho debiera zanjar la cuestión en favor de mi tesis. ¡Pero mucho más poderosas son las razones anteriormente expuestas!

Se me ha objetado que "ibero" significa español y portugués: cierto es que, aunque indebidamente, se ha empleado ese vocablo en el siglo pasado para indicar la unión política de España y Portugal. Pero como vemos por lo precedente, "ibero" se refiere a España, Portugal y la Iberia asiática (o Georgia), y tan inconveniente resulta ese adjetivo para Portugal como para España. Cuando queramos citar unidos los dos pueblos de la península Hispánica debemos usar nuestros propios inequívocos nombres; esto es, *Hispano-lusitano,* o *Hispano-portugués.* La Exposición de Sevilla (que en mal hora se ha bautizado con el nombre de Ibero-Americana) debería llamarse "Exposición Hispano-Luso-Americana", o bien "Exposición Hispano-Portuguesa-Americana", con lo que no podría ofenderse Portugal, porque por muy apegado que se sienta al vocablo "ibero", más apegado ha de sentirse a su verdadero nombre "lusitano" o "portugués". Dejemos la palabra "ibero" para uso de escritores de Historia

Antigua, de arqueólogos y de poetas; y aun para nombre de sociedades anónimas.

Tengo que presentar mis excusas por la inmodestia de haber citado parte de mis gestiones en las citadas luchas; pero lo he hecho para convenceros de que mis observaciones no son el fruto de teorías preconcebidas por una imaginación de inexperta juventud, o de amor patrioteril, ni tampoco de lucubraciones seniles de un estudiante recluído siempre en su gabinete, no; son el fruto de madura reflexión durante una vida (que va siendo larga) dedicada a trabajar activamente por España, la vida de un español que ha residido más de cincuenta y cinco años fuera de España, en tres naciones; que ha visitado otros países, no como turista en busca de curiosidades, sino con la idea de España fija en la mente; que ha convivido con la gente en cada país, y ha leído su prensa de alta y baja categoría en cinco lenguas; en suma, de un español a quien las circunstancias le han colocado en situación de tomar y comparar datos de diversas procedencias; un español que por años ha luchado con cuerpo, alma y dinero para defender a España; que en las dos primeras vicisitudes de la Leyenda Negra *nunca* se equivocó, y por consiguiente tiene todas las probabilidades de no equivocarse tampoco en esta tercera vicisitud o fase de la Leyenda, la del "ibero-americanismo". Digo más: no solamente creo que no me equivoco, lo sé perfectamente; y con la misma razón que Galileo pudo exclamar "E pur si muove!", yo puedo decir: "el que no crea en el tercer peligro ahora expuesto, está equivocado!"

Si al llegar a este punto me detuviera, no pasaría esto de ser una relación mal pergeñada de una serie de sucesos históricos. Al dirigiros la palabra me propongo obtener un resultado práctico, aplicar el remedio que España necesita en esta ocasión; y este remedio reside en vuestras manos. Con vuestra indiscutible autoridad, y penetrados de las verdades expuestas, vosotros podéis influír en las esferas gubernamentales para que se corrija el deplorable error cometido con el nombre de la Exposición de Sevilla, y se la dé el verdadero;

y para que el Gobierno no vuelva en ningún caso a autorizar el uso oficial del nombre de "ibero-americano", ni de "iberismo". Es más: vosotros podéis encauzar la opinión pública para destruír este nuevo enemigo de España, por medio de vuestras conversaciones, de vuestra correspondencia particular, de vuestras conferencias públicas, de vuestros escritos en la prensa diaria y mensual. Y esto no os lo dice el más ínfimo de vuestros compañeros de Academia: esto os lo pide, os lo exige nuestra excelsa Madre España: todos aquí somos españoles, todos debemos ayudar a España; y dadas las dotes literarias que poseéis, esto que ahora pide España no es labor difícil, ni penosa. Trabajemos todos a una, y esperemos confiados en el triunfo de la justicia.